

Héctor M. Leyva

El discreto encanto del cuerpo social corrupto: violencia, literatura y medios de comunicación

Universidad Nacional Autónoma de Honduras

hleyva90@hotmail.com

... el criminal no está fuera sino dentro,
no se encuentra sólo en el otro sino también en mí ...

Este artículo explora la plausibilidad de que los criminales pudieran no estar haciendo otra cosa que realizando los deseos secretos (inconscientes, reprimidos) de sus sociedades. En contra de la idea de que la criminalidad y la violencia sean conductas anormales (desviadas, ajenas) a las sociedades, esta paradoja estaría llamando la atención hacia las estructuras invisibles, fantasmáticas que operando imperceptiblemente en los escenarios de la vida cotidiana, podrían estar dando forma, encauzando y alimentando la agresión y el vilipendio de la vida.

Si los femicidios, los asesinatos de travestis, de gays, bisexuales y lesbianas pueden estar anticipados en la sociedad por el desprecio y la deshumanización de estos individuos, entonces debe asumirse una matriz de la violencia en las sensibilidades y en las ideologías de esas sociedades. Del mismo modo como los robos, los asaltos, los secuestros, que no ocultan sus móviles económicos pueden hallarse energizados por las mismas imperativas mecánicas del deseo (de bienes de consumo, de poder económico) que impulsan al capitalismo.

Slavoj Žižek hace converger el psicoanálisis y el marxismo para hacer ver este pasaje inconsciente que puede existir entre las condiciones sociales y los actos individuales. Si es posible identificar condiciones económicas y políticas también es posible reconocer condiciones psicológicas e ideológicas de la violencia. Es preciso distinguir, señala Žižek, una violencia

objetiva entramada en la estructura de las sociedades, de la violencia subjetiva que la materializa en actos individuales considera que el racismo contra la población negra en los EE.UU. pudo anticipar la crisis que se vivió en Nueva Orleans después del paso del huracán Katrina, lo mismo que el sentimiento anti árabe de la cruzada antiterrorista pudo preceder los abusos en la prisión de Abu Ghraib (ver *Violence* 93-96, 171-177).

En este sentido, la violencia más que una transgresión de la ley constituye la realización de las leyes no escritas (de las inclinaciones, las animosidades, los prejuicios, las pautas) que prevalecen en las sociedades. Lo que nos ofrece el acto violento, dice Žižek, es el complemento obscuro de la ley (la materialización escandalosa, investida de placer libidinal de los deseos inconscientes o reprimidos) (ver *Violence* 171-177; “El superyó” 87-92).

La literatura y particularmente las novelas y relatos criminales tienen una importancia no desdeñable para la exploración de estos fenómenos asociados con la violencia. Es un género que se ofrece al lector como una entrada en los submundos sociales que orchestra una seducción más o menos sutil de los impulsos, temores o deseos colectivos. En su sentido más intelectual son narraciones que se ofrecen como verdades ocultas y en su sentido más corporal como experiencias atroces que tanto entregan dolor como placer. Es también un género literario paradójico que encuentra atractivo lo sórdido, lo escatológico, lo degradado como si se tratara de una especie de aventura en lo prohibido, en lo propio pero no reconocido, o como una experiencia anticipada de la muerte.

En Honduras las narraciones de este género han cobrado un auge inusitado en la obra de un autor policía que publica en un periódico nacional. Se trata de relatos de crímenes reales, muchos de actualidad y otros históricos que convocan fielmente cada semana numerosos lectores. A nadie podría sorprender decir que estos relatos son el resultado de una operación mediática. El autor está envuelto en un halo de misterio, escribe bajo pseudónimo; sus textos reelaboran literariamente la violencia, que es un elemento de probado éxito de la crónica roja, y persiguen

como ésta última una resonancia sensacional, si bien con referencia a parámetros elevados de la justicia y el bien.¹

Su carácter mediático, sin embargo, en lugar de restar suma importancia a esta narrativa por su capacidad para traslucir estados de ánimo colectivos. El hecho de que un policía pueda ser hoy el autor literario más célebre (o uno de los más populares) dice mucho por sí mismo de los estados de perturbación que ha podido provocar la ola de violencia criminal en el país. Como se sabe, en los últimos años Honduras ha sobrepasado en las estadísticas de este fenómeno a sus vecinos del triángulo norte del Istmo para colocarse entre los primeros países más violentos del mundo.

El éxito mediático pudo ser algo no buscado o inesperado para el autor de estos relatos que inició su carrera literaria con una novela, *El Asesinato de la rama de ficus* que fuera distinguida con un premio por la Academia de Ciencias Forenses de Los Ángeles EEUU en 1998 –según reza en su epílogo (ver 251). Puede inferirse que el texto fue escrito para un concurso literario de esta institución o como parte de un programa de entrenamiento. En cualquier caso, el autor logró definir en esta obra los elementos de un modelo de narrativa criminal que después le iba a permitir multiplicarse en numerosos textos más breves cuando fuera contratado por la prensa. La novela se publicó en 2007 pero como ocurre con la mayoría de las obras literarias pasó desapercibida en el país, excepto para el periódico que contrató al autor a partir de 2008, y durante cinco años hasta ahora, habiendo publicado una cantidad superior a los 250 textos. La novela y los relatos son firmados con un pseudónimo femenino, Carmilla Wyler, pero por los modos de expresión, por sus opiniones y valoraciones resulta obvio que se trata de un autor masculino.² El pseudónimo se explica como una argucia forzada por la naturaleza de los relatos

¹ En otro lugar hemos analizado el sensacionalismo y su importancia en la prensa hondureña (ver Leyva)

² Resulta obvio pero muy difícil de probar, como se sabe las marcas discursivas de género sexual constituyen uno de los más ricos debates desde la ginocrítica hasta los estudios *queer*. Los lectores pueden tener la impresión de género que crea un sujeto de la enunciación que no necesariamente se corresponde con el autor, lo que se consideran marcas de género pueden no serlo, ser figuradas o producto de la ficción. Las marcas de masculinidad en los relatos de Wyler tienen que ver con los modos convencionales de la virilidad que asume la voz narrativa como la fascinación por la violencia y la fuerza, el privilegio de la razón al sentimiento, los prejuicios machistas, la homofobia y el gusto sexual por las mujeres. Marcas todas ellas que aunque imponen la figura de un hombre como autor podría no serlo y lo obvio ser un motivo más de ambigüedad. Aquí se ha elegido esta última alternativa para hacer ver la tensión

que tratando de casos reales podrían suscitar represalias de los implicados, como de hecho las suscitan y han llevado a las amenazas contra el autor (ver “El código de la muerte” 12/12/09), y también se justifica como una estrategia de libertad de expresión o de veridicción que permite ocultar la identidad de un testigo que solo pretende decir la verdad.

En un momento de gran expectación por la escalada de la violencia, Wyler vino a ser el autor con las cualidades y la obra indicadas para el éxito de público. Un policía con entrenamiento criminológico especializado, capaz de verter en formatos literarios sencillos, narraciones vívidas, muchas veces de primera mano, de los hechos criminales. Sobre todo su acceso a datos, expedientes y archivos restringidos para los policías (por pertenecer él mismo a los cuerpos de investigación criminal), supuso en términos periodísticos la capacidad de ofrecer primicias más allá de los precintos que resguardan las escenas de los crímenes. Si Wyler pudo participar directamente en muchos casos, en muchos otros sirvió de escucha y de correa de transmisión para los que compañeros policías, reclusos de las prisiones, testigos o víctimas pudieron contarle (aunque en estos últimos casos la impresión de vivencia inmediata de los hechos resulta entonces un completo efecto del arte de la ficción).

En buena parte la operación mediática y literaria consistió en convertir hechos reales locales en hechos de ficción de pretendida validez universal. Una especie de CSI hondureño, producto local comparable a la serie televisiva norteamericana (*Crime Scene Investigation*) de circulación global. La mayoría de los textos llevan la advertencia de que se han cambiado los nombres y en ocasiones los lugares y las fechas para evitar las alusiones directas. Lo que se pretende decir es que la trama del crimen fue cierta excepto por algunos detalles, como si la realidad la hubiera escrito antes que el autor (figuración literaria bien conocida en el género hiperrealista norteamericano de la *non fiction novel* al estilo de la novela *A sangre fría* de Truman Capote). Aunque como demostró el formalismo literario, la misma integración de los hechos en una trama

suplementaria que se crea entre un pseudónimo femenino y unas marcas de expresión convencionalmente tenidas por masculinas.

implica la interpretación y el punto de vista del autor, y con ello desde el principio y en todos los casos la ficción.

Una vez en las páginas de *El heraldo*, los relatos se hicieron acompañar de ilustraciones muy elaboradas de Sergio Chiuz y comenzaron a participar de las dinámicas típicas de los productos mediáticos. Los lectores buscan fielmente los textos, los comentan en el sitio Web e incluso proveen al autor con material para sus relatos. Puede decirse que el autor escribe no solamente lo que los lectores quieren leer sino en ocasiones literalmente sus historias. En buena medida se cumple en Wyler también la presunción del estructuralismo literario de que el autor es una función del texto más que su neto creador. El autor sería el artífice de la transición entre un genotexto y un fenotexto, entre las motivaciones procedentes de las situaciones referenciales y de las formaciones conscientes e inconscientes colectivas y su manifestación concreta en discursos particulares.

A pesar de su gran diversidad distingue a estos relatos lo que puede llamarse una violencia execrable. Típicamente se trata de asesinatos horribles que profanan lo sagrado y ofenden la fe en Dios. Generalmente son crímenes locales famosos de los que los lectores han tenido noticia o que permanecen en la memoria. Cadáveres en estado de descomposición, mentes trastornadas, corrupción moral, iniquidad son algunos de sus *leitmotiv*. Los puntos de vista se centran en los de un policía honrado con plena confianza en su institución que participa del esfuerzo de convertir la investigación criminal en un proceso científico. Por lo demás, sus opiniones tienden a coincidir con las que se atribuyen al ciudadano común o al pueblo. Los ricos y poderosos son exhibidos en sus réprobos comportamientos pero no escapan de su visión crítica los obreros, los campesinos, ni los marginados. Si hubiera que juzgar los relatos solamente por sus mensajes explícitos (por su contenido manifiesto) habría que concluir que elevan una crítica a la sociedad en su conjunto, a todas las clases sociales, al Estado, a la izquierda y a la derecha³. Habría que decir que esa crítica se dirige frecuentemente contra los políticos corruptos y el militarismo despótico y que ha

³ Ilustran la crítica de la violencia en sus extremos políticos, el relato “Confesiones de un 3 16” (11/2/12), en que se censura el terror de Estado y la política de los desaparecidos durante la década de 1980, y “Operación Cinchoneros” (24/7/10) en que se hace lo mismo respecto de los secuestros y los actos de lucha armada de los revolucionarios.

incluido ataques e incluso acusaciones *ad hominem* más allá de los disfrazamientos literarios. Lo mismo que habría que añadir que sus ataques son particularmente feroces contra los que considera anormales, las bestias humanas pasionales y compulsivas que constituyen los personajes más frecuentes de sus relatos.

Desde un punto de vista literario la novela y los relatos de Wyler aunque comunican una impresión de degradación de la sociedad, habría que considerarlos dentro del subgénero de la narrativa policial por cuanto promueven una función represiva de las conductas juzgadas antisociales y se afincan en la creencia de una moral firme que se mantiene a salvo en ciertos reductos de la sociedad. El policía de investigación encarnado en distintos personajes es un héroe en estas narraciones como también lo son numerosos personajes de buenas intenciones y conciencia limpia, a diferencia del subgénero propiamente negro en que nada ni nadie escapan a la ambivalencia y prevalece la incertidumbre. Puede observarse que los relatos de Wyler conservan su confianza en los buenos policías y en el cuerpo institucional de investigación criminal aun en contra de la opinión más extendida de ser un nido de corrupción (recientemente, por ejemplo, la mayoría de los agentes fue suspendida en sus labores para ser sometida a pruebas de confianza).

Para Thomas Narcejac los dos elementos distintivos del género son la investigación y el misterio. La investigación como el despliegue de las potencias del razonamiento lógico y de la ciencia, y el misterio como la amenaza de lo inexplicable, del más allá del mundo empírico sólo accesible a los sentimientos y a la intuición (ver 52, 53):

El horror, por alguna de sus aristas es siempre sagrado. Aparece cuando tenemos la impresión de violar un secreto de origen metafísico, de sorprender una disposición oculta de las cosas, que pone en cuestión no solamente nuestras más arraigadas certezas, sino también y sobre todo la seguridad que nos procuraban.” (76).

Es generalmente aceptado que la narrativa criminal con estas características surge a finales del siglo XIX asociada con el desarrollo de la ciencia, el auge industrial y el crecimiento de los conglomerados urbanos. El avance de la modernidad habría provocado un choque con las

costumbres y modos de pensar rurales tradicionales, y la narrativa criminal habría sido una forma de expresión del sentimiento de crisis. Un proceso, (el del avance de la modernidad con sus consecuentes rupturas del orden tradicional), que podría estarse experimentando de forma tardía o simplemente acelerando más allá del control institucional en países como Honduras, y estar tras los fenómenos de violencia y los relatos de Wyler como el telón de fondo del momento histórico.

Desde un punto de vista psicoanalítico, el caso Wyler (como cabría reconocer a este fenómeno de popularidad del relato criminal en Honduras), podría interpretarse como un síntoma de las condiciones sociales del país. Síntoma social en su sentido convencional de un signo que revela que algo no anda bien y en el sentido psicoanalítico de conflicto libidinal (de pulsiones encontradas) y de inconsistencia ideológica (hiato, ambigüedad, contradicción). Para Lacan un síntoma era una manifestación en el cuerpo o en su función cuyo significado permanecía inconsciente, lo que trasladado al caso Wyler vendría a ser algo que ocurriendo o padeciéndose en el cuerpo (en la vivencia de la violencia comunicada en los relatos), podría ser manifestación de conflictos inconscientes.

Desde este punto de vista psicológico los relatos consuman un regreso de lo reprimido, de recuerdos, de imágenes, de acontecimientos que pudieron pasar desapercibidos a los lectores pero que pudieron impactar su sensibilidad y permanecer latentes. Podría decirse que los textos habilitan la recurrencia del trauma como una vuelta obsesiva a aquellas experiencias que habiendo podido infligir un daño ejercen una atracción inexorable proveyendo una extraña mezcla de dolor y de placer. Así puede entenderse que los lectores, a pesar de ser acosados ininterrumpidamente por la crónica roja mediática, dediquen adicionalmente parte de su tiempo libre a la lectura de reelaboraciones literarias de hechos del mismo tipo. Los relatos vuelven a situar al lector en el shock incluso con mayor vehemencia (ahora como un testigo que vive las situaciones) y persiguiendo en la contemplación del horror la experiencia de lo sublime.

Como se sabe, son sublimes aquellas vivencias para las que no se tienen palabras, que desbordan los marcos de comprensión y de representación, como el crimen execrable de los relatos de Wyler.

Desde el punto de vista psicoanalítico estas experiencias resultan poderosamente atractivas precisamente por ser momentos de alteración de la conciencia que abren oportunidades (ventanas) al goce más allá de los órdenes normativos y simbólicos. Como en los sueños, en las experiencias de lo sublime pueden manifestarse las inclinaciones más contradictorias. En términos de Freud podría hallarse en el relato criminal el sentimiento de temor por la vida y también la atracción por la muerte. La *Hilflosigkeit*, el terror del desamparo, de la zozobra que como reminiscencia infantil se activa en las situaciones de peligro y la *pulsión de muerte* que permite encontrar placer en el daño del otro o en la propia aniquilación. Žižek observa que el placer presente en las experiencias del horror es indicativo de un goce sexual (ver “El superyó” 120). El escenario de ficción de los relatos, al crear estados propicios para la liberación de las pulsiones reprimidas e inconscientes podría estar favoreciendo la invasión de los hechos de violencia por las pulsiones eróticas. Algo que no puede pasar desapercibido a los lectores de Wyler cuyos relatos suelen arrojar con frecuencia el velo del sexo sobre la experiencia de la muerte.

Pero si en estos relatos puede hallarse placer en el dolor, ¿cómo podrían anticipar inclinaciones propiciatorias de esa misma violencia que explícitamente censuran?, ¿cómo podrían alojarse estímulos para el pasaje al acto violento que la conexión entre cotidianidad y crimen, y entre condicionantes psicosociales y realizaciones individuales hace presumir? Evidentemente, debe contarse con reacciones heterogéneas según los individuos y los grupos. El espectro de los estados de ánimo que estos relatos podrían suscitar bien podría desplegar una variedad que fuera desde los pesimistas/disfóricos hasta los exultantes/eufóricos. Podrían dar lugar a la confirmación de los lectores en sus tendencias depresivas, o propiciar intensas satisfacciones entre los entusiastas de la violencia y de la fuerza. No obstante puede observarse que además de vehicular cargas emocionales, los relatos ejercen una cierta presión tendenciosa mediante las articulaciones discursivas que ligan los hechos narrados a modos determinados de interpretarlas y a las acciones que le son consecuentes. Los crímenes en los relatos no se representan en el vacío de una objetividad imposible, sino que se interpretan con referencia a nociones sobre el bien y el

mal, sobre la justicia y la ley o sobre el destino y Dios. Plantean trayectorias de identificación que establecen flujos de afectividad que conducen a modos de empatía/antipatía con los personajes y con las acciones (con el policía y el castigo, con el criminal y el crimen, etc.). Puede decirse que las experiencias traumáticas son configuradas, dotadas de una cierta figura ideológica y de sensibilidad. Puesto que se trata de elementos emocionales y afectivos y de nociones y valoraciones fragmentarias, estas figuras podrían considerarse preideológicas y sin embargo, estar contribuyendo a reafirmar determinados prejuicios y animosidades latentes en la sociedad. Con lo cual resultaría plausible suponer que podrían estar incentivando pulsiones y patrones de violencia, ofreciendo alternativas de salida, de realización de esas pulsiones como recorridos o programas de acción más o menos justificados o coherentes dentro de determinados parámetros ideológicos.

En la interpretación de Žižek las narraciones de crímenes practican una ruptura del orden simbólico con la irrupción del trauma que pone en contacto a los lectores con lo real imposible (el crimen), para después practicar una sutura mediante la labor del investigador que permitirá restituir el orden simbólico (y con ello la normalidad de lo posible) (ver “Dos modos” 103). Las suturas con las que se restaña las heridas de la sensibilidad provocadas por la violencia de los relatos, dejarían marcas (trazos, cicatrices) de la reintegración del orden simbólico (del procedimiento que permitió reponerse al daño) proveyendo las figuras de su legibilidad.

En los relatos de Wyler pueden reconocerse tres tipos de figuras psico-ideológico-políticas en sus argumentos más comunes. El primero se encuentra en aquellos relatos en los que no importando la monstruosidad del crimen ni la habilidad e ingenio con que haya sido cometido o se hayan ocultado las pistas, el desempeño extraordinario del investigador policial (o investigadores), conduce a la captura del criminal y a un castigo proverbial. En estos casos los relatos propician la identificación de los lectores con el investigador y las cargas emotivas son organizadas en una dirección confluyente con las acciones orientadas al fortalecimiento de las instituciones (de la policía de investigación, del sistema de justicia). Es una figura que podría considerarse policiaco democrática, el crimen es reprimido y el Estado de derecho se ve

fortalecido (también es la figura retórica del yo consciente, de lo necesario y de lo políticamente correcto que habría de obtener una aprobación universal).

La segunda figura es la de aquellos relatos en los que la ciencia criminal puesta en práctica por el investigador conduce al descubrimiento del criminal pero las leyes, los fiscales o los jueces del sistema de justicia fallan y el crimen por horrendo que haya sido escapa del control humano y de las instituciones. Son los relatos más acuciantes por cuanto el crimen queda en suspenso en un no-lugar demandando un castigo. Las resoluciones a este planteamiento en los relatos son dos: puede que prevalezca la absoluta impunidad que no solo confirma en el descrédito de los agentes humanos y de las instituciones sino que ofende las creencias más íntimas en la moralidad y en lo sagrado, o puede que (en la variante más sospechosamente satisfactoria para los lectores) por la suerte de un misterioso camino, un castigo mortal sobrevenga al criminal, un castigo del destino, un castigo de Dios. Mientras la impunidad aumenta una ira, el castigo misterioso satisface una sed de venganza. Importa notar que en este último caso los relatos tienden a exculpar a los agentes del castigo, así sea que a su vez hayan incurrido en la comisión de otro crimen, con lo cual se habilita una forma de identificación con aquellos que aun siendo criminales para la ley podrían estar consumando el deseado bien y la anhelada justicia de la cultura tradicional. En estos casos las cargas emotivas son autoritarias y antidemocráticas, no solo contrarias a las instituciones y al Estado de derecho sino exasperadas por ellos y lanzadas más allá de sus confines hacia el castigo paralegal: hacia el acto que desconoce el orden jurídico e institucional y hace justicia a su voluntad por su propia mano.

En la novela inaugural de la serie pueden encontrarse ya estas figuras. La primera domina el argumento principal. El macabro asesinato de una joven, cuyo cadáver es encontrado en estado de descomposición en las cercanías montañosas de la ciudad, es esclarecido por el H3, un extravagante investigador de homicidios (neurótico compulsivo), que extrae el máximo partido a la ciencia criminal y a su equipo de trabajo. El H3 pone en práctica las nuevas técnicas de elaboración de perfiles psicológicos y geográficos con las que su institución está consiguiendo transformarse en una verdadera policía científica. Una rama de ficus usada para espantar las

moscas del vehículo en que fue transportado el cuerpo y que descuidadamente quedó abandonada en el lugar (donde no existía este tipo de árboles), servirá para recuperar el hilo que lleve hasta el asesino, quien con ésta y otras pruebas terminará en la cárcel por largos años. El éxito del investigador y la argumentación a favor de una policía que gracias a la ciencia se transforma en un poderoso recurso de las instituciones estatales integran el argumento de la novela a la noble empresa del fortalecimiento del Estado de derecho.

En contrapunto con este argumento hay narraciones secundarias que desarrollan la figura autoritaria y tradicionalista. En el trajín de su investigación el H3 irrumpe en las oficinas de una fiscal del Ministerio Público quien en ese momento está aplicando la ley de una forma injusta e inhumana contra un acusado a quien todos los indicios apuntan que asesinó por celos al padrastro de su mujer. Las valoraciones negativas de la ley y de los operadores de justicia no dejan lugar a dudas de su procedencia popular. La perversa mente de la fiscal llega a concebir que la mujer que tiene enfrente y que se acompaña de tres niños, mantenía relaciones simultáneamente con su marido y con su padrastro, lo que habría terminado provocando la tragedia. “La ley no tiene sentimientos, señora” le dice la fiscal a la mujer y por un momento la narración sigue los gestos y opiniones mayestáticos de este personaje:

La Fiscal levantó de nuevo la frente, como si la llevara adornada con una corona de laurel, y se dispuso a cruzar la puerta. No tenía más qué decir. Servía a la Justicia y la Justicia estaba servida. Las lágrimas no la conmovían. Así debía ser. Era la Fiscal del Ministerio Público. Acusaba en nombre del Estado y el Estado era tan impersonal, tan inhumano ... (132-133).

El H3 reconoce inmediatamente que la situación es al revés y que esa mujer con esos niños son las víctimas inocentes. Con un par de llamadas telefónicas y la respuesta rápida de su equipo, el H3 consigue demostrar a la fiscal que el agresor había sido el padrastro y que el marido había disparado en defensa propia. Los indicios habían sido mal interpretados y algunas pruebas irrefutables habían sido pasadas por alto, de modo que solo la incompetencia y la mala fe podían

haber llevado a acusar al inocente. Por un momento, sin embargo, la injusticia y la impunidad pudieron prevalecer y el despreciable criminal haber sido tomado por víctima.

La misma desconfianza y animadversión por la ley y el sistema de justicia se encuentra en otro de los relatos secundarios de la novela. Es el caso en el que el H3 se encontraba trabajando inmediatamente antes del de la rama de ficus. Con sus investigaciones había conseguido llevar ante los tribunales a otro monstruoso padrastro que abusaba de los hijos del anterior matrimonio de su mujer. No obstante, el H3 teme que la justicia sea blanda o que los abogados defensores se salgan con la suya porque la mujer se ha resistido a acusar al que es su marido. “Si yo fuera Dios –le dice el H3 a un compañero- te aseguro que ya hubiera arrancado esa mala hierba de la tierra” (15), una frase que va a repetirse en la novela (91) y que tampoco oculta el reprimido deseo de hacer justicia por la propia mano. El consuelo del H3, según confiesa, es saber que tan solo con unos días en la cárcel, iba a dársele la oportunidad al merecido castigo de este criminal a manos de los otros criminales ahí recluidos bajo una forma de justicia que aunque horrenda era más justa. Dice el H3:

Lo único que me consuela es que a los abusadores de niños les aplican una justicia especial en la cárcel.

Allí caen en manos de Dios, o del diablo que, a fin de cuentas, aplican un mejor tipo de justicia: ojo por ojo, diente por diente. Dura es la ley pero es la ley. (7).

Una poderosa fuerza, una ley ciega, cobra forma en los relatos involucrando a los lectores, la cual no encuentra satisfacción sino hasta que se ceba sobre el sujeto que ha sido declarado criminal por la conciencia moral. Una imperiosa sed de justicia elevada a los cielos por la creencia en lo sagrado que impide ver que esta fuerza incurre en la misma arbitrariedad y violencia que se quisiera desterrar de la sociedad.

Numerosos relatos han reproducido en las publicaciones del periódico estas figuras de apelación a la justicia paralegal-providencial en las que frecuentemente las víctimas (o sus familiares) se abrogan el derecho de castigar con la muerte a sus agresores con el consentimiento de los policías de investigación y la simpatía de los lectores. En un relato una campesina da

muerte al padrastro abusador de sus hijos (un villano muy repetido en la serie), cuyo cuerpo no es encontrado y el investigador no se esfuerza por buscarlo (“Los extraños caminos de Dios” 04/06/13). En otro relato, un rico hacendado manda a matar al violador de su nieta que se encontraba escondido hacía muchos años en EEUU, el hábil investigador descubre la trama pero desafortunadamente no puede actuar al respecto (“Poderoso caballero es don dinero” 07/01/12). En otro, un médico desocupado da muerte a su anciana madre con una sobredosis de insulina para quedarse con la fábrica familiar. Una vez descubierto por el investigador, un hermano de la anciana se encarga de mandar a matar a su sobrino médico. El investigador se da cuenta de la venganza pero no puede evitar que el ofendido anciano abandone el país en un avión (“Misterio en la alta sociedad” 03/04/10). En uno de los relatos más memorables (con extraños ecos cinematográficos) un niño de doce años da muerte a su madre hiriéndola múltiples veces con una tijera mientras ella se encontraba en la bañera. La madre tenía un amante, el cual es culpado del delito y muere en la cárcel. Veinticinco años después el investigador descubre la verdad y encara al criminal que se ha convertido en adulto, pero no procede contra él y el asesinato del niño quedará en el secreto (“Asesinato en la bañera” 04/04/09). En otro relato, una obrera de una maquila asesina a un guardia de seguridad que había abusado de ella en su adolescencia. El investigador la descubre y tiene la obligación de enviarla a prisión pero comprendiendo sus motivos prefiere dejarla en libertad (“El triste caso del cadáver castrado” 27/10/12). En otro, una joven de la alta sociedad, es secuestrada a la salida de una fiesta pero el secuestro fracasa y el cuerpo de la joven es encontrado en un descampado. El poderoso e influyente padre frente al cuerpo de su hija exige a los investigadores que encuentren al criminal y les advierte que una vez que den con él, lo matará con sus propias manos. Los investigadores le dicen que eso sería un crimen, a lo que el padre replica: “... No señor, no seré un asesino; seré solamente un instrumento de la justicia de Dios.” (“Un diamante para la muerte” 16/04/11).

Un manto de piedad religiosa y tradicional se deja caer sobre estos delitos para permitir que los verdaderos criminales sean castigados. La exculpación de los que actúan movidos por los valores tradicionales es un motivo que ya había aparecido en *La rama de ficus* en la que se

descubre que la madre del joven asesino había ayudado a su hijo a deshacerse del cadáver. Unos campesinos la habían visto en el mismo vehículo en que llevaban el cuerpo. El H3, sin embargo, conmovido por los sentimientos de suprema abnegación que atribuye a la madre, oculta en sus informes esta complicidad y libra a la mujer de su responsabilidad legal.

Entre los lectores, que en su mayoría celebran los relatos y consienten con estas figuras de justicia, no faltan tampoco los que protestan por el descalabro que en la práctica están proponiendo de la racionalidad que debe prevalecer en el Estado y en la sociedad modernos. Refiriéndose al relato en el que el investigador exculpa a la obrera que había dado muerte a su antiguo abusador, un lector comenta:

Por eso estamos como estamos, ¿cómo [el investigador] puede llamarse profesional? Un profesional ejerce su trabajo con imparcialidad. [Más aun] cuando se trata de un policía de investigación. En este caso es la moral del investigador, en otro caso puede ser que sea [la de un] familiar, de algún involucrado en [el] caso y [en] otros [podría ser] por necesidad o [por] pura corrupción. Un profesional hace su trabajo sin basar[se] en criterios personales.

Ahora la justicia es selectiva. El escritor hace alarde del conocimiento del investigador, pero de qué sirve tener el conocimiento si al final no tiene la imparcialidad (ética). (“El triste caso del cadáver castrado” 27/10/12).

Como se adelantaba antes, aun puede reconocerse una tercera figura psicológica en los relatos aunque no excluyente de las anteriores y quizás complementaria. El crimen abominable es desentrañado por el investigador pero a medida que se reconocen los móviles se va descubriendo que son congruentes con la moralidad convencional. Al asesino lo movió una sed de justicia comparable a la que antes hemos visto operar en las víctimas ajusticiadoras. En el plano de la discursividad consciente, el asesino faltó a la ley y a lo sagrado y merece un castigo. En el plano inconsciente, sin embargo, la ficción abre un pasaje para que las pulsiones homicidas puedan satisfacerse en el acto de sangre. El asesino es condenado como un extraviado psicótico (como una bestia humana) que traspasó las represiones a las que los buenos ciudadanos se atienen. Pero

al mismo tiempo podría ocurrir que cualquier persona (que los lectores) en semejantes circunstancias (de desesperación, de ira) hubieran podido llegar a cometer un crimen como ése. Los relatos abren un espacio para la ambigüedad en el que la identificación con el más brutal criminal y el más horrendo crimen fueran posibles.

En *El asesinato de la rama de *fhicus** la asesinada que en apariencia era una joven inocente, en realidad estaba teniendo relaciones sexuales con el prometido de su prima. Cuando se aproxima el matrimonio y en un momento postcoito, la joven amenaza con revelar la verdad, el asesino se aterroriza, se indigna y la mata. El niño que da muerte a su madre con una tijera mientras ésta se encontraba en la bañera, en realidad lo hizo movido por los celos, días después de haberla descubierto con su amante en la cama. Como se decía antes el tinte de erotismo que se reconoce en estos relatos, se encuentra asociado al placer que puede encontrarse en ellos. En otro relato no comentado todavía, un padre furioso da muerte al esposo de su hija después de descubrir que es un licencioso travesti. El padre llega a matarlo, la misma noche en que el infiel yerno travesti se preparaba para una orgía, su cadáver se encuentra con restos de maquillaje y vistiendo lencería y calzado femeninos (“¿Quién mató a Fernando Bërgh?” 17/01/09). En otro relato los investigadores consideran haber encontrado las peores señales de violencia en un cuerpo con las que hubieran podido topar en toda su carrera policial. Se trata de una joven a la que más que desfigurar le han deshecho su rostro con una pesa de fisicoculturismo de 20 libras. El asesino había sido un homosexual practicante de ese deporte que había descargado tal ira sobre su víctima trastornado por el hecho de ser ella la prometida del joven a quien él amaba. Como en el relato anterior, el asesino sorprendió a la pareja en el momento inmediatamente anterior al de las relaciones sexuales. El cuerpo de la joven llevaba un *baby doll*, el cuerpo del joven iba a ser encontrado ahorcado en otro lugar con un pijama de *Scooby Doo* (“Un asesinato misterioso” 26/2/11 “Una pasión salvaje” 04/03/11).

Los relatos muestran una gran diversidad y muchos podría que no encajaran en las figuras que aquí se señalan pero para una gran cantidad de ellos podría valer incluso una fórmula que explicara sus variaciones. Podría decirse que en los crímenes se halla mayor placer cuanto mayor

es la presencia de elementos sexuales y cuanto mayor es su justificación desde la moralidad convencional tradicional.

En el relato que de alguna forma explica el título de este ensayo, los investigadores encuentran los cadáveres desnudos de una pareja de amantes en un motel de paso. Las evidencias indican que fueron envenenados con cianuro pero inexplicablemente los resultados de la autopsia y de los análisis de laboratorio no son concluyentes. Los investigadores deberían proceder a investigar exhaustivamente a los familiares de los amantes (a la esposa del hombre y el esposo de la mujer) pero en vista de esta contrariedad desgraciadamente no pueden hacer nada y el crimen quedará irresuelto y sin castigo. Finalmente, los amantes eran adúlteros. La evidencia escandalosa del pecado no solo exculpa el crimen sino que permite disfrutar necrofilicamente de los cadáveres. Dice el narrador:

Era una mujer hermosa y, aun muerta, se veía tan bonita como siempre. Era blanca y, para muchos fetichistas, la mujer blanca es la reina de las mujeres, su cuerpo tenía las formas elegantes que provocaban tantas miradas e inspiraban tantos piropos, y desnuda se veía mucho más bella.

Estaba en la mitad de la cama, acostada de lado, con el brazo derecho cubriéndole el rostro y completamente desnuda. Parecía dormir uno de esos sueños profundos que no pueden perturbarse con nada. (“El misterio del hotel Montefresco” 21/03/09).

El cuerpo muerto y en descomposición ejerce una atracción irresistible como si el crimen y la voluptuosidad de la carne, por el arte de la ficción ofrecieran la posibilidad de satisfacer los propios deseos.

Žižek destaca el papel propiciatorio de este tipo de satisfacciones libidinales que puede jugar el detective en estas narraciones. El cadáver activa una culpa, la experiencia inconsciente de nuestro deseo que nos dice que pudimos ser los asesinos pero su investigación nos salva de esa culpa al identificar a los asesinos. En esto reside, dice Žižek, la “no verdad fundamental”, la propuesta de una verdad fáctica que oculta la verdad interior, el falseamiento del deseo al que abre una oportunidad de satisfacción:

El inmenso placer generado por la solución del detective deriva de esta ganancia libidinal, de una especie de plusvalía obtenida de ella: nuestro deseo se realiza sin que tengamos que pagar por él. (“Dos modos” 104-105).

En uno de los relatos más celebrados por los lectores por su erotismo, una corazonada del detective le permite reconocer la trama del asesinato. Un niño de tres años de edad fue robado, muerto y enterrado. El detective se da cuenta de que el ex-marido de la madre está implicado pero no tiene ninguna prueba y necesita de una orden de allanamiento. Para obtenerla el detective recurrirá al chantaje sexual, es un procedimiento irregular (ilícito y contrario a la ética) pero lo justifica el sacrílego crimen pues nada más horrendo que un padre mate a su hijo en la más tierna edad. Primero el detective subyuga a una fiscal con un beso apasionado y una caricia que sube por la entrepierna hasta su pubis. Después sorprenderá a un juez en un club *swinger* de intercambio de parejas cuando la mujer del juez es entretenida por un atlético deportista mientras el propio juez se deleita con los senos de la mujer del deportista (“La sombra del enemigo” 22/9/12). En este caso el erotismo no mueve al crimen sino al impulso justiciero mismo. Incluso ocurre la paradoja de que la disolución de la moral en el ámbito de la sexualidad, se convierte en un incentivo de la rectificación en el ámbito de la justicia. El relato dice:

La comunidad *swinger*, del inglés *swinging*, que significa cambiando, es una sociedad de “libre pensadores” que intercambian parejas sexuales dentro de un estilo de vida en el que el placer sexual del otro está sobre todas las cosas; aquí no existen celos ni esas otras emociones “primitivas” que esclavizan a los seres humanos a la monogamia “pablesca y pasada de moda”. (“La sombra del enemigo” 22/9/12).

En la interpretación de Žižek, no se trata simplemente de anormalidades psicológicas en los individuos (en este caso del criminal, del investigador, del autor o de los lectores) sino de pulsiones venidas de las matrices psicosociales. Es el superyó (la conciencia moral autoritaria) que atravesando los individuos encuentra y entrega placer en este tipo de actos. “El superyó emerge –dice Žižek– cuando la Ley –la Ley pública, la Ley articulada en el discurso público

fracasa; en este punto de fracaso, la Ley pública está obligada a buscar apoyo en un goce *ilegal*' ("El superyó" 88).

En algunos relatos la conciencia moral vacila y se duda entre consentir o rechazar el crimen sobre todo si faltan elementos sexuales. En un relato un joven pandillero le descerraja un disparo en el rostro a una señora de edad, pasajera de un autobús del servicio público, por resistirse a entregar su bolso. El asesinato es espantoso pero hubo algo de mezquindad en el gesto de la señora de retener el bolso. Los lectores saben que la violencia de estos robos debe mucho a la violencia de la pobreza en que crecen y se descarrían los jóvenes. Este mismo pandillero, en la continuación del relato, le vuela la cabeza de un disparo a una joven altanera de su barrio que desairó sus pretensiones amorosas. En este caso no cabe la vacilación y la condena es unánime. En otro relato incluido en el mismo texto, otro pandillero estalla en una ira homicida cuando su novia pretende romper con él. La novia, que es de una familia honrada y trabajadora, advierte los peligros de la relación pero la ruptura supone también negarle la oportunidad de redención a este joven. La ruptura es el desamor absoluto que lo devuelve al abismo infernal de la vida en la pandilla. El joven degüella a la novia y hiere a muerte a la abuela que por casualidad se encontraba en la humilde casa ("Las bestias de la muerte" 02/01/10).

En el caso del asesinato con la pesa de 20 libras, la situación es de una inquietante ambigüedad. El homosexual ha deshecho el rostro de la joven rival, la cual no dejaba de ser algo libertina pues sostenía relaciones prematrimoniales y gustaba de los atrezos eróticos en la intimidad. Para el lector la disyuntiva es complicada porque puede condenar moralmente a la joven, comprender el arranque pasional de celos y disfrutar de la exorbitada brutalidad del acto violento. Pero en ese caso estaría identificándose con el homosexual, una figura estigmatizada en la sociedad, de modo que puede que prefiera inclinarse por la forma simple de la censura, con lo cual, sin embargo, cancelaría la fuente de placer que el relato le estaba ofreciendo.

La escena de este crimen vale como ejemplo de la atmosfera de erotismo y muerte y de pulsiones encontradas a que da lugar el crimen horrendo-execrable-sublime de los relatos de Wyler:

La víctima era una mujer joven, de piel blanca, no muy alta ni muy baja, a la que alguien identificó como Zamira. Estaba tendida en el centro de la cama, con las manos amarradas hacia adelante con una cuerda de seda blanca que se hundía en la piel casi hasta tocar el hueso; vestía un “baby doll” blanco, casi transparente, medias blancas con ligero de encaje y un blúmer calado de pierna alta.

Por supuesto, todo esto estaba empapado en sangre y sobre el atuendo volaban las moscas con un zumbido insoportable. Pero lo grotesco estaba más arriba, sobre el cuello. La cara y la cabeza de Zamira eran una masa de carne, sangre y huesos que parecían regarse sobre la almohada de seda.

La frente había desaparecido, pedazos de hueso se veían entre la masa sanguinolenta, como astillas mudas que apuntaban en todas direcciones; la cara tampoco existía, donde estuvo la nariz había un hueco relleno de sangre, la boca mostraba los dientes quebrados y la lengua colgando deshecha a un lado, la mandíbula estaba desencajada y caía rota sobre el cuello, y solamente un ojo verde y manchado de sangre colgaba sobre lo que fue la sien derecha, brillando extrañamente pero ya sin vida.

Un poco más atrás, la masa encefálica se confundía con el cabello y la sangre, sobre la que caminaban las moscas y algunas hormigas enanas y negras.

Las paredes estaban salpicadas de sangre, igual que el techo, y había sangre también sobre las pantallas de las lámparas, sobre la cómoda, sobre el sillón y las mesitas de noche, sobre la alfombra y hasta en la entrada al baño; la habitación apestaba a sangre seca y algo se revolvió en el estómago de los detectives que se quedaron de piedra ante aquella escena brutal. (“Un asesinato misterioso” 26/2/11).

Puede observarse que en este caso, como en muchos otros, la violencia del criminal sobre su víctima en su desmesura pareciera expresar que hubiera la pretensión, y la conciencia del fracaso, de destruir algo indestructible. Igual puede observarse que en muchos casos las víctimas son mujeres, homosexuales, hombres que escapan al control del asesino. La pasión homicida que desborda es evidentemente la pasión autoritaria de someter esos sujetos, que por definición son libres, a la voluntad del asesino. Pulsión muchas veces sádica que inflige daño al objeto del amor. La imagen de una bestia masculinizada celosa intentando someter a su víctima feminizada, podría

ser la metáfora arquetípica de estos relatos, que en su transliteración política estaría expresando los deseos y la frustración del poder por someter a su disoluta y voluntariosa sociedad.

La escritura, la divulgación y la lectura de estos relatos comportan como es evidente una responsabilidad ética, política y social. El acto literario se ampara en la convención que lo encuadra como juego de la ficción pero como también resulta evidente sus efectos pueden traspasar las esferas del arte. El autor, el periódico y los lectores pueden estar participando del fraguado de la violencia viabilizando cargas psicológicas e ideológicas abiertamente en contra del Estado de derecho. La representación de la realidad, que no se limita a reflejar los hechos de violencia sino a interpretarlos desde el autoritarismo religioso tradicional, ejerce presión para hacer prevalecer estas tendencias en la vida privada y pública de la sociedad. Tiende a declarar criminales a quienes contravienen los modos de pensar o actuar tradicionales, como también tiende a romper las leyes y a imponer arbitrariamente la propia voluntad. Para estas narraciones y para los que gustan de ellas, igual que para los propios criminales, podría valer que se trata de formas comparables de encontrar placer en la violencia autoritaria.

Puede observarse que para algunos autores, los relatos criminales aportan un beneficio terapéutico en la medida en que canalizan y satisfacen los instintos violentos en la esfera de la fantasía (librando a la sociedad de muchos asesinos potenciales). Aunque para otros como el propio Žižek la proliferación mediática de este tipo de narraciones contribuye a saturar la frontera simbólica que separa lo real de lo fantástico y a facilitar el tránsito psicótico en que se perpetra el acto criminal (de ahí el enorme y sospechoso parecido entre los crímenes reales y los de ficción) (ver “El superyó” 123, 124).

Desde otro ángulo, atendiendo a la dimensión política del fenómeno, podría subrayarse la bancarrota del modelo moderno del Estado de derecho y la necesidad de reinventarlo. Una crisis del Estado manifiesta en el fracaso de las instituciones de justicia y en el clamor contra la impunidad que se encuentran efectivamente en los relatos de Wyler.

Aquí, sin embargo, lo que de momento quiere destacarse es que la violencia no procede de un lugar ajeno a la sociedad, como si se engendrara ectópicamente sino de esa misma sociedad.

Un argumento nada nuevo (antiguo para las religiones, para la filosofía y para la sociología) que simplemente llama la atención hacia la propia responsabilidad. Desde el punto de vista del psicoanálisis lacaniano el criminal no está fuera sino dentro, no se encuentra solo en el otro sino también en mí. Una enseñanza que puede rendir sus frutos en el manejo de la violencia en la medida en que apunta hacia la educación afectiva, ética, estética y política, más que a la simple censura o a la represión.

Bibliografía

Leyva, Héctor M. *Análisis crítico de la prensa hondureña 1996-2000*. Tegucigalpa: FIDE, Proyecto de Fortalecimiento de la Sociedad Civil, 2001.

<http://www.hondurasinfo.hn/pub/Estudios/Analisis_Prensa.pdf>.

Narcejac, Thomas. “La novela policiaca”. *La novela criminal*. Eds. Román Gubern et al. Barcelona: Tusquets, Cuadernos Ínfimos 10, 1982. 49-80.

Wyler, Carmilla. *El asesinato de la rama de ficus*. Tegucigalpa: Grupo Editorial La nueva Honduras, 2007.

Žižek, Slavoj. “El superyó por defecto”. *Las metástasis del goce. Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*. Buenos Aires: Paidós, 2005. 87-134

Žižek, Slavoj. *Violence. Six Sideways Reflexions*. New York: Picador, 2008.

Žižek, Slavoj. “Dos modos de evitar lo real del deseo”. *Mirando al sesgo. Una introducción a Jacques Lacan a través de la cultura popular*. Buenos Aires: Paidós. 2010. 89-120.

Anexo

Muestra de relatos

Se consideraron para este estudio 32 relatos de Carmilla Wyler elegidos al azar y distribuidos más o menos proporcionalmente entre los cinco años de duración que tiene la serie. Los relatos son accesibles en el sitio Web del periódico *El heraldo* de Tegucigalpa.

Muestra de relatos de Carmilla Wyler considerados

Número	Título	Fecha
1	La escuela de Gonzalo Sánchez	24/08/08
2	Una mujer investiga	08/09/08
3	El misterio del machete ensangrentado	30/09/08
4	El caso de la hija malagradecida	11/10/08
5	El estafador castigado	01/11/08
6	¿Quién mató a Fernando Bèrgh?	17/01/09
7	El misterio del hotel Montefresco	21/03/09
8	Asesinato en la bañera	04/04/09
9	Una pasión Mortal	25/04/09
10	Un motivo demasiado estúpido	02/05/09
11	Las bestias de la muerte	02/01/10
12	La muerte de un seductor	09/01/10
13	Misterio en la alta sociedad	03/04/10
14	La venganza silenciosa	09/04/10
15	La obligación de la justicia	04/06/10
16	Operación Cinchoneros	24/07/10
17	Una cacería implacable	21/01/11
18	El secuestro de Pepito	29/01/11
19	Un violador en la alta sociedad	19/02/11
20	Un asesinato misterioso	26/02/11
21	Una pasión salvaje	04/03/11
22	Un diamante para la muerte	16/04/11
23	Poderoso caballero es don dinero	07/01/12
24	Confesiones de un 316	11/02/12
25	El extraño caso de los vellos robados	19/02/12
26	El misterio del cadáver descuartizado	17/03/12
27	La sombra del enemigo	22/09/12
28	El triste caso del cadáver castrado	27/10/12
29	No basta decir adiós	02/02/13
30	Cicatrices en el alma	16/03/13
31	Los extraños caminos de Dios	04/06/13
32	A la mano de Dios	04/05/13